

dudar? ¿He aquí lo que quereis comprar! ¿Conocéis acaso nada en la tierra que valga lo suficiente para indemnizarme de todo cuanto he perdido?»

El culpado enmudeció y ella no fué bastante generosa para perdonarle. Aquel caballero fué victima en los asesinatos de setiembre y Lambertina de Mericourt se comprometió cada vez mas en la revolucion á medida que esta iba haciéndose mas sanguinaria y feroz.

Esta muger no podia ya vivir sino en medio del delirio de las emociones públicas. Despertóse en ella, sin embargo, su primer culto por Brissot cuando cayeron los girondinos. Tambien ella hubiese querido contener la revolucion pero habia allí otras mugeres tan implacables como ella. Estas, conocidas bajo el nombre de las *furias* de la guillotina, desnudaron á la hermosa jóven y la azotaron en público en el terrado de las Tullerías el 31 de mayo. Este suplicio mas infame que la muerte, hizo que su razon se estraviase. Recogida del suelo y encerrada en una jaula en la casa de los locos, vivió en este estado veinte años que no fueron sino un acceso continuo de furor. Impúdica y sanguinaria en su delirio, jamás quiso volver á vestirse recordando el ultrage que habia sufrido. Enteramente desnuda con la caballera cana del todo, y siempre suelta, ó se arrastraba por el suelo de la jaula, ó aferraba sus descarnadas manos en los yerros de la reja de su cuarto, haciendo desde allí mociones al pueblo que veía en su imaginacion, y al cual pedia constantemente la cabeza de Suleau.

XII.

Detrás de Lambertina de Mericourt iban otros demagogos menos conocidos en Paris, pero ya célebres en sus barrios, tales como Roesignol, oficial de platero; Brierre,

tabernero; Gonor, vencedor de la Bastilla; Jourdan, asesino conocido bajo el nombre de *Cortacabezas*; el famoso jacobino polaco Lazouski, enterrado despues por el pueblo en el Carrousel, y finalmente, Henriot, que fué despues el general de confianza de la Convencion. Conforme iban penetrando las columnas en lo interior de Paris, se iban engrosando con nuevos grupos que desembocaban de aquellas calles tan pobladas que dan á los baluartes y á los malecones. A cada grupo que llegaba se oía un grito de alegría que salía del seno de las columnas, al paso que la música militar hacia resonar por los aires las notas cínicas y atroces del *Za ira*, especie de Marsellesa de los asesinos. Los sublevatos lo cantaban en coro, blandiendo sus armas, y amenazando con la voz y con el gesto, á las ventanas de los presuntos aristócratas.

Estas armas en nada se parecian á los tersos aceros de un ejército regular, que infunden á la vez terror y admiracion; aqui la mayor parte, consistia en picas, lanzas oxidadas, asadores, cuchillas, hachas de carpintero, piquetas, cuchillas de zapatero, palancas, planchas, sieras, tenazas, palas, pedazos de hierro viejo, y finalmente, cuantos instrumentos y utensilios caseros habian hallado á mano los que las llevaban. Estas distintas armas llenas de orín, negras y horrosas á la vista, de las cuales cada una presentaba un modo diferente de hérir, parecia que aumentaban el horror de la muerte al ofrecerla bajo mil formas crueles é inusitadas. La mezcla de sexos, de edades y de condiciones, la confusion de los trages, los remiendos y la laceria al lado de los uniformes, los ancianos al lado de los jóvenes, los niños á quienes llevaban sus madres en brazos ó bien de la mano, ó finalmente, agarrados de sus vestidos y tirando de ellos, las mugeres públicas vestidas de seda y manchadas de barro, con el descaro en la frente y el insulto en los labios. Centenares de mugeres pobres del pueblo, obligadas á

asistir á aquel espectáculo, tanto para que hubiese mas gente, cuanto para que infundiesen compasion al verlas medio desnudas, flacas, pálidas, con los ojos hundidos y llevando en sus rostros la imágen mas perfecta del hambre y de la miseria; el pueblo, finalmente, en todo el desórden, en toda la confusion y en toda la desnudez de una gran ciudad, que sale de improviso de sus casas, de sus talleres y bohordillas y de todos los sitios de prostitucion, así como de todas las guaridas del crimen; tal fué el aspecto de intimidacion que los conjurados habian querido dar á aquella multitud.

Veíanse á trechos en medio de las columnas unas banderas cuyos lemas eran los siguientes: *¡La sancion ó la muerte! ¡Reposicion de los ministros patriotas! ¡Tiembra tirano, tu hora ha llegado!* Un hombre con los brazos desnudos llevaba una horca de la que colgaba la imágen de una muger coronada con un lebrero que decia *¡Cuidado con el reverbero!* mas adelante, un grupo de mugeres frenéticas levantaba por cima de las cabezas de la turba una guillotina en miniatura con un lebrero que esplicaba el uso que se habia de hacer de ella, cuyo contenido era el siguiente: *¡Justicia nacional contra los tiranos! ¡Mueran Veto y su muger!*

En medio de este aparente desórden se reconocia una mano oculta que le daba direccion. Veíanse de trecho en trecho algunos hombres con blusas ó cubiertos de barapos, pero que llevaban camisas finas y tenian las manos muy blancas, distinguiéndose ademas por llevar en los sombreros ciertos signos para ser reconocidos, escritos en gruesos caracteres con jabon de sastre. La marcha se arreglaba segun ellos disponian y todo el mundo seguia el impulso dado por ellos. El grupo principal desfiló así, por la calle de San Antonio y por las sombrías avenidas del centro de Paris hasta la calle de San Honorato. Este grupo arrastró tras si en su marcha á todos los habitantes de aquellos barrios, á los que se unió otro grupo com-

puesto de matachines del Rastro, de los que cada uno llevaba en la punta de una pica un corazon de tonera, atravesado de parte á parte y chorreando aun sangre con este lebrero: *Corazon de aristócrata*. Un poco mas adelante una horda de traperos, llevaba á manera de estandarte un palo, del que colgaba una porcion de pedazos de vestidos de hombre y de muger, y el siguiente lebrero: *Temblad, tiranos, aqui están los sans-culottes* (1). La injuria que la aristocracia habia lanzado contra la indigencia, habia sido recogida por esta, que ahora la convertia en arma popular contra los ricos.

Tres horas duró el desfile de esta turba por la calle de San Honorato; algunas veces un silencio terrible, interrumpido únicamente por el ruido de tantos miles de pasos, oprimia la imaginacion al fijarse en esta señal de la ira concentrada en aquella inmensa masa; otras algunas voces aisladas, algun apóstrofe insultante ó algun sarcasmo atroz que se manifestaba en una risa tan feroz como las palabras que la habian producido, salian del seno de la multitud; tambien se oian de vez en cuando algunos murmullos repentinos y multitud de voces confusas, cuyo sentido no podia percibirse con claridad, pero á las que siempre respondian los gritos de *¡Viva la nacion! ¡Vivan los sans-culottes! ¡Abajo el veto!* Este tumulto era tan atroz, que se percibia distintamente en el salon del Picadero, sitio donde se hallaba reunida en este momento la Asamblea legislativa. La cabeza se paró á las puertas de la sala; las columnas inundaron el patio de los Fuldenses, el del Picadero y todas las avenidas del salon. Aquellos sitios que ocultaba entonces el terraplen del jardin, ocupaban el espacio libre que se ve hoy entre el jardin de las Tullerías, y la calle de San Honorato,

(1) Aunque esta palabra no es española, la hemos visto usada para designar á estos hombres, llamados tambien impropriadamente descamisados.

arteria central de París. Cuando esto sucedía era ya medio día.

XIII.

Rœderer, síndico procurador del directorio departamental de París, función que correspondía en 1792 á la de prefecto, estaba en aquel momento en la barra de la Asamblea. Partidario éste de la Constitución, pertenecía á la escuela de Mirabeau y de Talleyrand, y era enemigo acérrimo de la anarquía, estando dotado al mismo tiempo del valor suficiente para confesarlo así en alta voz. Hallaba este hombre en la Constitución un punto de conciliación entre su fidelidad al pueblo y su lealtad hácia el rey, y quería defender aquella Constitución con todas las armas legales que la sedición no había inutilizado todavía. «Grupos armados, dijo desde la barra, amenazan violar la Constitución y forzar el recinto de la representación nacional y la misma mansion del rey. Los partes de esta noche son alarmantes. El ministro de lo Interior nos pide que enviemos tropas sin retardo para defender el palacio. La ley prohíbe las reuniones armadas, pero entre tanto siguen adelantándose hácia aquí las turbas amotinadas. A voz en grito están pidiendo que se las deje entrar aquí. Si dais el ejemplo de admitirlas en nuestro seno, ¿qué va á ser la ley en adelante en vuestras manos? Vuestra indulgencia al derogarla hará que se estrelle toda fuerza pública en manos de los magistrados. Pedimos que se nos encargue que cumplamos con todos nuestros deberes: que se nos deje la responsabilidad y que no se nos disimule en lo mas mínimo la obligación que tenemos de morir por sostener la tranquilidad pública.» Estas palabras dignas del canciller del Hospital ó de Mateo Molé, fueron acogidas con frialdad por la Asamblea y escarnecidas por los cuchicheos y fingidas

risas de las tribunas. Vergniaud las saluda hipócritamente y las hace callar.

«¡Ah, sí! dice el orador á quien otro motin debía arrancar de la tribuna al año siguiente, sin duda que hubiéramos hecho quizá mejor en no recibir aquí hombres armados, porque si hoy el civismo conduce aquí á los buenos ciudadanos, la aristocracia puede conducir mañana á sus genizaros. Pero el error que hemos cometido nosotros autoriza el error del pueblo. Las reuniones formadas hasta aquí parecían estar autorizadas por el silencio de la ley. No se me oculta que en la ocasión presente los magistrados os piden fuerzas para contenerlas, pero ¿qué debéis hacer en unas circunstancias como las en que nos hallamos? Yo creo que sería muy riguroso que fuérais inflexibles respecto á una falta cuyo principio se halla en vuestros mismos decretos, y creo también que sería un agravio para los ciudadanos que reclaman ahora que les dejéis presentarse ante vosotros el suponerles malas intenciones. Dicen que el objeto de esta reunión es presentar una petición en palacio; yo no puedo figurarme que los ciudadanos que están ahí fuera reunidos pidan ser introducidos con armas á la presencia del rey, y pienso también que conformándose con las leyes irán desarmados á palacio como unos simples peticionarios. En consecuencia pido que todos los ciudadanos que están reunidos para desfilar delante de nosotros sean admitidos inmediatamente.»

Indignados Dumolard y Ramond al ver tanta perfidia y tanta bajeza en aquellas palabras, se opusieron enérgicamente á la debilidad ó complicidad de la Asamblea. «El mejor homenaje que podeis tributar al pueblo de París, dijo Ramond, es hacerle obedecer sus propias leyes. Pido que los ciudadanos depongan las armas antes de ser admitidos en vuestra presencia.—¿Qué estais hablando de desobediencia á la ley, le respondió Guadet, cuando tan á menudo la habeis derogado vosotros mis-

mos? ¿Cometeríais una gran injusticia en acriminar al pueblo, y os pareceríais á aquel emperador romano que, para encontrar mas criminales, hizo escribir las leyes en caracteres tan difíciles de entender, que nadie podia leerlos!»

La diputación de los amotinados entró al oír estas últimas palabras, en medio de los aplausos y de los gritos de indignacion que se oían casi por iguales partes en la Asamblea.

XIV.

Huguenin, orador de la diputación, lee la petición redactada en Charenton. Declara que la ciudad está alerta en la ocasión presente y dispuesta á emplear medios extremos para vengar la magestad del pueblo. Deplora, sin embargo, la necesidad de empapar sus manos en la sangre de los conspiradores. «Mas ha llegado la hora, dice aparentando resignarse á combatir, y correrá sangre; los hombres del 14 de julio, aunque lo parezca, no están dormidos: la salida de su letargo será terrible: hablad y nosotros obraremos. El pueblo está ahí para juzgar á sus enemigos, jescogan estos entre Coblentza y nosotros! ¡libren de su presencia la tierra de la libertad! En cuanto á los tiranos ya los conoceis; el rey no está de acuerdo con nosotros, y la prueba es que se ha deshecho de los ministros patriotas y que deja nuestros ejércitos en la inacción. La cabeza del pueblo no vale tanto como las de los reyes? ¿Debe correr impunemente la sangre de los patriotas solo por satisfacer el orgullo y la ambicion de ese pérfido palacio de las Tullerías? Si el rey no obra suspendedle; un hombre solo no puede poner trabas á las voluntades de veinte y cinco millones de ciudadanos. Si aun le mantenemos en su puesto por consideracion, es para que desempeñe los deberes que la Constitución le

impone! ¡Si se separa de ellos ya no es nada!... ¿Y qué ha hecho el tribunal supremo de Orleans? ¿Dónde están las cabezas de los culpables á quienes debía herir?... ¿Se nos obligará á que nos hagamos justicia por nuestra mano?...»

Estas siniestras palabras consternaron á los constitucionales é hicieron sonreír á los girondinos. Sin embargo, el presidente respondió con una firmeza que no fué apoyada por sus colegas, y la Asamblea decidió que el pueblo de los arrabales fuese admitido á desfilar armado por delante de la Asamblea.

XV.

Apenas votado el decreto se abren las puertas á los treinta mil peticionarios. Durante este largo desfile, la música toca canciones demagógicas, verdadero paso de ataque de los motines. Unas mugeres armadas con sables los blanden mirando á las tribunas, que responden con un palmoteo general á aquellas señales; estas mugeres bailan delante de una mesa de piedra en que están escritos los derechos del hombre, á la manera que los israelitas bailaban en torno del tabernáculo. Los pedazos de calzones llevados como trofeos, la guillotina y la horca, en la que está colgada la figura de la reina, atraviesan impunemente la Asamblea. Unos diputados aplauden, otros apartan la cabeza por no ver aquel repugnante espectáculo; algunos se tapan la cara con las manos, y otros mas valientes se lanzan hácia el hombre que lleva el corazón *goteando sangre*, y fuerzan á aquel miserable valiéndose unas veces de súplicas y otras de amenazas, á que se retire con su emblema de asesinato. Parte del pueblo mira aun con respeto el recinto que está profanando, otra parte apostrofa al pasar á los representa-

tes de la nacion y se goza al verles envilecidos. El ruido de aquellas armas estrañas, el de los zapatos claveteados, el de los zuecos, los chillidos de los niños y de las mugeres, los gritos de ¡viva la nacion! y el sonido de los instrumentos, todo esto forma un ruido infernal que atonta y deja sordos á cuantos lo escuchan. El aspecto de la miseria contrasta con los lujosos mármoles, estatuas y demas adornos de aquel recinto. Los miasmas corrompidos que exhala esta hez del pueblo en su continua agitacion infectan el aire y no dejan respirar. Hasta despues de las tres no concluyó el desfile. El presidente se apresuró á suspender la sesion, esperando que muy pronto tuviesen lugar los mayores escesos.

XVI.

Unas fuerzas imponentes aparentaban estar dispuestas en los patios de las Tullerías y en el jardín, para defender la morada del rey contra la invasion de los arrabales. Tres regimientos de infantería de línea, dos escuadrones de gendarmería y varios batallones de la guardia nacional con su correspondiente artillería, eran los que estaban destinados á la defensa del régio alcázar. Aquellas tropas indecisas, minadas por la sedicion, no eran sino una fuerza aparente con la cual no se podia contar. Los gritos de ¡viva la nacion! los gestos amistosos de los insurrectos, la vista de las mugeres, que ofrecian sus brazos á los soldados desde el otro lado de las verjas, y la presencia de los oficiales municipales, que manifestaban en sus posturas y ademanes una indiferencia desdeñosa hácia el rey, todo esto enfriaba el sentimiento de resistencia en el corazon de aquellas tropas, que veian en ambas partes el uniforme de la guardia nacional. Entre el pueblo de París que tenia los mismos

sentimientos que ellos y el palacio en donde les decian que se abrigaban todas las traiciones, no sabian ya discernir en donde estaba el deber. En vano fué que monsieur Rœderer, firme órgano de la Constitucion, asi como algunos oficiales superiores de la guardia nacional, tales como Mrs Acloque y de Romainvilliers, les presentasen el testo abstracto de la ley que les mandaba rechazar la tuerza con la fuerza. La Asamblea les daba el ejemplo de la complicidad; Petion se ocultaba por evitar su responsabilidad; el rey inmóvil, se refugiaba en su inviolabilidad, y por consecuencia, las tropas abandonadas á si mismas no podian tardar en deshacerse ante la amenaza ó la seducción.

En lo interior de palacio, estaban unos doscientos caballeros que habian acudido al saber el peligro en que se hallaba el rey, á cuya cabeza se encontraba el anciano mariscal de Motichy. Estos eran mas bien unas víctimas voluntarias del antiguo honor francés, que unos defensores utiles á la monarquia. Temiendo escitar estos caballeros las sospechas de la guardia nacional y de las tropas, estaban escondidos en los aposentos de palacio, mas dispuestos á morir que á pelear. Como iban sin uniforme escondian sus armas debajo de los trages que llevaban, razon por la cual se les llamó caballeros del puñal para designarlos al odio popular. Llegados poco antes en secreto de sus provincias, para ofrecer una adhesion desesperada á su desgraciado señor, desconocidos los unos de los otros y provistos únicamente de una tarjeta para poder entrar en palacio, acudian allí en los dias de peligro, y aunque su número debia llegar hasta diez mil, solo eran doscientos los que componian esta reserva de la fidelidad. Estos hombres cumplian con su deber sin reparar lo que arriesgaban, y vengaban de este modo á la nobleza francesa de las faltas y abandonos de la emigracion.

Los grupos al salir de la Asamblea habían marchado en columna cerrada hácia el Carrousel. Santerre y Alejandro á la cabeza de sus respectivos batallones, dirigian el movimiento. Otra masa compacta seguía por la calle de San Honorato. Los restos del motín, separados del cuerpo principal, llenaban los patios del Picadero y de los Fuldenses y trataban de abrirse paso desembocando violentamente por una de las salidas que desde aquellos patios se comunicaba con el jardín. La verja de esta salida estaba defendida por un batallón de la guardia nacional. La debilidad ó la condescendencia de un oficial municipal, franqueó este paso; el batallón se replegó y fué á tomar posición bajo las ventanas del palacio. La turba atravesó el jardín en dirección oblicua; y al pasar por delante de los batallones les saludó con el grito de *viva la nación!* y les invitó á que quitasen las bayonetas del fusil. Inmediatamente cayeron estas al suelo; los amotinados se escurrieron entonces por la puerta del Puente Real, y fueron á replegarse detrás de los portillos del Carrousel que cerraban esta plaza por la parte del Sena. La guardia de estos portillos cedió también, y después de haber dejado pasar cierto número de sediciosos, volvió á cerrar los portillos. Aquellos hombres acalorados por la marcha, por los cánticos, por las aclamaciones de la Asamblea y por la embriaguez, se diseminaron dando aullidos por todos los patios de palacio. Corren entonces como unos furiosos hácia las puertas principales, sitian los cuerpos de guardia que las defienden y llaman á sus camaradas de afuera, procurando entre tanto forzar la Puerta Real que empieza ya á rechinar sobre sus goznes. El oficial municipal Panis la manda abrir. El Car-

rousel está forzado ya y las masas vacilan por un momento ante las piezas de artillería; apuntadas contra ellas y ante los escuadrones de la gendarmería, formados en batalla. Saint-Prix, comandante de la artillería, que se hallaba separado de las piezas por un movimiento de la multitud, envía orden á su segundo para que se replegue sobre la puerta de palacio. Este oficial se niega á obedecer. *El Carrousel está forzado (dice en alta voz) es preciso forzar también el palacio. ¡A mí, artilleros, ved ahí al enemigo!* Al decir esto señala á las ventanas del cuarto del rey y vuelve sus piezas contra palacio. Desmoralizadas las tropas con esta desercion repentina de la artillería, permanecen en batalla; pero quitan el cebo á los fusiles delante del pueblo en señal de fraternidad y dejan libres todos los pasos á los sediciosos.

El comandante de la guardia nacional que habia presenciado aquella escena, grita desde el patio á sus granaderos á quienes ve en las ventanas del salon de Guardias que cojan las armas y vayan á defender la escalera. Estos, en vez de obedecer, se salen de palacio por la galería que está al lado del jardín. Santerre, Lambertina de Mericourt, y Saint-Huruge, se arrojan entonces precipitadamente sobre las puertas de palacio. Los hombres mas temerarios y mas fornidos de su comitiva, se engolfan en la bóveda que conduce del Carrousel al jardín; separan violentamente á los artilleros, se apoderan de una de las piezas, la arrancan de la cureña y la llevan á brazo hasta el salon de los Guardias situado en lo alto de la escalera principal. Envalentonada la turba con este prodigio de fuerza y de audacia, inunda la sala y se desparrama á manera de un torrente impetuoso por todas las escaleras y corredores de palacio. Todas las puertas rechinan ó son forzadas por la multitud, que también derriba algunas á hachazos. Entonces busca dando descompasados gritos la del cuarto del rey, de la que ya no la separa sino otra puerta, próxima ya á venir al suelo, cediendo á los es-

fuerzos de las palancas con que se trata de derribarla y á los golpes que dan con las picas los sitiadores.

XVIII.

El rey que confiaba en las promesas de Petion y en las numerosas fuerzas que custodiaban el palacio, había visto sin inquietud la marcha de aquel tropel.

El asalto repentino dado á su habitacion le había sorprendido cuando mas seguro se conceptuaba. Retirado con toda su familia en los aposentos interiores que daban al jardin, oia á lo lejos el alboroto que movian aquellas masas, sin poderse figurar que llegasen á penetrar hasta donde él estaba. Las voces de sus criados que huian asustados en todas direcciones, el ruido de las puertas al caer rotas en el suelo y los aullidos del tropel que se aproximaba, llenan de espanto á la familia real. El rey, confiando con una señal la reina, su hermana y sus hijos á los oficiales y mugeres de su casa que les rodeaban, se lanza solo en la sala del Consejo en cuanto oye aquel formidable estruendo. Allí encuentra al fiel mariscal de Mouchy que no se cansa de ofrecer los últimos días de su larga vida á su señor; á Mr. de Hervilly, comandante de la guardia constitucional de caballería, licenciada unos cuantos dias antes; al generoso Acloque, comandante del batallon del arrabal de San Marcelo, que, revolucionario moderado en un principio y vencido despues por las virtudes privadas de Luis XVI, era á la sazón fiel amigo suyo y deseaba ardientemente morir en su defensa. Hallóse allí con tres valientes granaderos del batallon del arrabal de San Martín llamados, Lecrosnier, Bridant y Gossé, únicos que habian permanecido en su puesto en la deserccion general y que buscaban al rey para cubrirle con sus bayonetas; como hombres del pueblo, de corazon

sencillo, y estraños á la córte, á quienes un mismo sentimiento de deber y de afecto reunia, no defendiendo sino al hombre en el rey.

En el momento en que entraba el rey en aquella sala, las puertas de la pieza contigua, llamada la sala de los Nobles, cedia á los esfuerzos de los amotinados. El rey se presentó animoso delante del peligro y los cuarterones de la puerta cayeron á sus pies. Multitud de hierros de lanza puestas al cabo de unos palos, asi como tambien gran cantidad de picas asomaron inmediatamente por aquella abertura. Mil gritos furiosos acompañaban el ruido de los hachazos, que daban para echar la puerta abajo. Entonces el rey con voz serena mandó á sus dos ayudas de cámara Hue y de Marchais que abriesen las puertas. «¿Qué puedo yo temer en medio de mi pueblo?» dijo el príncipe. Dirigiéndose con osadia hácia los sitiadores.

Estas palabras, este movimiento hácia delante, la serenidad de su rostro, y el respeto guardado por tantos siglos á la sagrada persona del rey, suspenden el ímpetu de los primeros agresores. Parece que dudan en atravesar aquel umbral, que acaban de forzar, y aprovechando aquel momento de vacilacion el mariscal de Mouchy, Acloque, los tres granaderos y los dos ayudas de cámara, hacen retroceder al rey algunos pasos y se colocan entre él y el pueblo. Los granaderos calan bayoneta é imponen respeto á la multitud por un instante, pero esta va engruesando por momentos y empuja dentro de la sala á los que aun estaban en el umbral de la puerta. El primero que entra es un hombre mal vestido, que lleva los brazos desnudos y que mira como un loco á todas partes echando espumarajo por la boca. «¿Dónde está el veto?» dice. Presentando al pecho del rey un palo en cuyo extremo hay un aguijón. Uno de los granaderos separa con su bayoneta el palo y el brazo de aquel energumeno. El facineroso cae á los pies del ciudadano, y aquel acto de

energía impone á los alborotadores que pasan por encima del caído. Las picas, las hachas y los cuchillos bajan hácia el suelo ó se separan y la magestad real recobra su imperio por un momento. Aquella turba se contiene por sí misma, y se mantiene á cierta distancia del rey, en una actitud que mas que furor, indica una curiosidad brutal.

XIX.

Entretanto algunos oficiales de la guardia nacional que habian acudido al saber el peligro que amenazaba al rey, se reunieron á aquellos bizarros granaderos y lograron separar un poco la multitud que rodeaba á Luis XVI. Este que no piensa en otra cosa que en alejar al pueblo del aposento en que habia dejado á la reina, hace cerrar tras sí la puerta de la sala del Consejo. En seguida arrastra tras sí á la multitud hasta el gran salon llamado de la Claraboya so pretexto de que por ser mas grande podrá contener mayor número de ciudadanos que le vean y le hablen. Lo consigue, y al verse rodeado de aquella frenética turba cuyas armas amenazan su cabeza, se felicita porque es el único que está espuesto de toda su familia. Mas al volverse de repente por un movimiento involuntario ve á su hermana madama Isabel que le tiende los brazos y quiere precipitarse hácia él.

Esta señora se habia escapado de manos de las damas que no dejaban salir á la reina y á sus hijos de la alcoba del rey. Madama Isabel amaba á su hermano hasta la adoracion, y queria morir á su lado. Para no separarse jamás de él habia renunciado al amor, á pesar de ser de una belleza angelical unida á una piedad ejemplar. Al ver entrar en la sala á aquella señora despeinada, derramando copiosas lágrimas, y que dirigía sus brazos hácia el rey con un rostro desencajado, en el que se notaba la

expresion de una desesperacion sublime, algunas mugeres del arrabal gritaron: ¡la reina! ¡la reina! Pronunciar este nombre en aquel momento equivalia á una sentencia de muerte. Algunos de aquellos energúmenos levantaron las armas y se dirigieron hácia la princesa para asesinarla, pero habiéndoles hecho ver algunos oficiales de palacio el error en que estaban y quien era aquella señora, el nombre respetado de madama Isabel fué lo suficiente para que se les cayesen las armas de las manos. «¡Ah...! ¡Qué es lo que haceis! exclamó la princesa. ¡Dejad que me tomen por la reina, quizá mi muerte evitaria la suya!» Al decir estas palabras una oleada de la multitud á la que fué imposible resistir, separó á madama Isabel de su hermano y la llevó hasta el hueco de una de las ventanas, en donde los que la rodeaban la contemplaron al menos con respeto.

XX.

Entretanto el rey habia llegado hasta el hueco de la ventana del centro del salon, rodeado de Acloque, de Hervilly, de Vannot y de unos veinte nacionales y voluntarios que le escudaban con sus cuerpos. Algunos oficiales iban á desenvainar sus espadas; «Volved las espadas á la vaina, les dijo el rey con tranquilidad, estas gentes están extraviadas pero no son tan culpables como aparecen.» Dicho esto subió en una banqueta que estaba al lado de la ventana, y con él unos cuantos granaderos, quedando otros delante del rey para defenderle apartando los palos, las hoces y las picas, con que le amenazaban. Al mismo tiempo unos gritos horribles salian de entre aquella irritada masa, «¡Abajo el veto! ¡Queremos el campamento junto á París! ¡Volvednos los ministros patriotas! ¿dónde está la Austriaca? Algunos furiosos se

destacaban á cada instante de las filas e iban á injuriar de mas cerca y á amenazar de muerte al rey. No pudiendo acercarse á él, porque lo impedían las bayonetas de los granaderos, tremolaban á su vista y encima de su cabeza sus asquerosas banderas y sus funestas inscripciones. Entre estos furiosos habia uno principalmente, que con una pica en la mano, hacia los mayores esfuerzos por penetrar hasta donde estaba el rey. Erá este aquel mismo asesino que dos años antes, se habia lavado en un cubo de agua despues de cortadas las cabezas de Berthier y de Foulon, y que llevándolas por los cabellos por el muelle del *Hierro viejo* se las habia arrojado al pueblo como unas enseñas de carnicería y para incitarle á cometer nuevos asesinatos.

Un jóven rubio y elegantemente vestido, aunque de cara feroz, asaltaba continuamente á los granaderos, y tenia ya las manos estropeadas de los pinchazos que se habia dado en las bayonetas al querer separarlas para abrirse paso hasta el rey. «¡Señor! ¡señor! esclamaba, ¡os intimo en nombre de las cien mil almas que me rodean que sancioneis el decreto contra los sacerdotes! ¡Es preciso sancionarlo ó morir!»

Otros hombres del pueblo, aunque con los sables desenvainados ó armados de espadas, pistolas y picas, no hacian ningun gesto amenazador y reprimian á los que atentaban á la vida del rey. Distinguíanse tambien entre aquella multitud algunas señales de respeto y de dolor en los rostros de una gran parte de ella. En esta inmensa revista de la revolucion el pueblo se mostraba terrible, pero no se confundia con los asesinos. Empezaba ya á establecerse cierto órden en las escaleras y en los salones; las turbas empujadas por las turbas despues de haber contemplado al rey y de haberle amenazado cara á cara, recorrían triunfantes los demas aposentos de aquel *palacio del despotismo*.

El carnicero Legendre apartaba á uno y otro lado

aquellas hordas de mugeres y de muchachos acostumbrados á temblar al eco de su voz. Hizo señal de que queria hablar, y al momento quedó todo en silencio. Los guardias nacionales se apartaron para que pasase á interpelar al rey. «Caballero...», le dijo con una voz de trueno. El rey al oír esta palabra que equivalia á una destitucion, hizo un gesto en que se marcaba cuanto se habia ofendido su dignidad: «*Si, caballero,*» repitió Legendre apoyando mas sobre esta palabra, escuchadnos; vuestro deber es escucharnos; ¡sois un pérfido! ¡siempre nos habeis engañado y estais engañándonos todavia! pero mirad lo que haceis, porque la medida está ya llena. El pueblo está cansado de ser victima y juguete vuestro.» Legendre despues de haber dicho estas palabras amenazadoras, leyó una peticion concebida en términos tan imperantes como aquellas, en la cual pedia en nombre del pueblo que volviesen inmediatamente los ministros girondinos y que se sancionasen los decretos. El rey respondió con intrepidez y dignidad. «Haré lo que la Constitucion me manda que haga.»

XXI.

Apenas habia pasado una oleada del pueblo cuando la sucedia otra inmediatamente. A cada nueva invasion de aquellos furiosos, las fuerzas del rey y las de la pequeña escolta que le defendia, se agotaban en aquella prolongada lucha, contra una multitud que no se cansaba. Las puertas no bastaban ya á la impaciente curiosidad de tantos miles de hombres como habian acudido allí, á ver la dignidad real puesta á la vergüenza. Así es, que entraban en la sala por los techos, por las ventanas y por las galerías altas que dan á los terraplenes. Estas maniobras divertían á los innumerables espectadores que

estaban apiñados en el jardín. Los palmoteos, los bravos, y las risotadas de aquella gente que estaba por la parte de fuera, envalentonaban á los que daban esta especie de asaltos. Mil funestos diálogos se entablaban en alta voz entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Le han herido? ¿Ha muerto? ¡Echadnos las cabezas!» gritaban muchos de aquellos hombres. Algunos miembros de la Asamblea, algunos periodistas girondinos, y algunos políticos, como Garat, Gorsas y Marat, estaban confundidos entre la turba, burlándose con mil chanzonetas del vergonzoso martirio que sufría el rey. Por un momento corrió la voz de que había sido asesinado.

Pero este rumor no produjo ni un grito de horror entre aquel inmenso gentío, que dirigía su vista al balcon, esperando que de un momento á otro le enseñasen el cadáver. Sin embargo, en medio de tanta rabia se advertía que la mayor parte de aquellas gentes querían reconciliarse con el rey. Un hombre del pueblo, presentó á Luis XVI un gorro encarnado en la punta de una pica. «¡Que se lo ponga! — ¡Que se lo ponga! exclamó la multitud, este es el signo distintivo del patriotismo; si se adorna con él creemos en su buena fé.» El rey hizo seña á uno de los granaderos de que le diese el gorro, que se puso inmediatamente sonriéndose. En seguida se oyó un grito unánime de *viva el rey!* El pueblo había coronado á su gefe con el signo de la libertad y el gorro de la demagogia reemplazaba á la diadema de Reims. El pueblo había vencido y estaba ya sosegado.

Pero otros nuevos oradores encaramados sobre los hombros de sus camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con súplicas, ya con amenazas, que prometiese volver á llamar á Roland y sancionar los decretos. Luis XVI invencible en su resistencia constitucional, eludió ó se negó siempre á acceder á las instancias de los sediciosos. «Guardian de las prerogativas del poder ejecutivo, les

respondió, no la entregaré á la violencia; no es el momento á propósito para deliberar aquel en que no hay completa libertad para hacerlo.—No tengais miedo, señor,» le dijo un granadero de la guardia nacional. «Amigo mio, le respondió el rey cogiéndole el brazo y acercándolo á su pecho, pon ahí la mano, y mira si mi corazon late con mas violencia que de ordinario.» Esta accion y las palabras de intrépida confianza que la acompañaron, vistas y oidas por aquella multitud, cambiaron enteramente el corazon de los sediciosos.

Un hombre medio desnudo se presentó al rey con una botella en la mano, y le dijo: «Si amais al pueblo bebed á su salud.» Las personas que rodeaban al príncipe, temiendo tanto el veneno como el puñal, suplicaban al rey para que no bebiese. Luis XVI alargó el brazo, cogió la botella, se la llevó á los labios y bebió á la salud de la nacion. Esta familiaridad con el pueblo, representado por un mendigo, acabó de popularizar al rey. Nuevos gritos de *viva el rey!* salieron de todas las bocas, llegaron hasta las escaleras y fueron á consternar á los grupos que aguardando una víctima en el terraplen del jardín, veían que los verdugos se habian convertido en defensores de aquel á quien iban á asesinar.

XXII.

Mientras el desgraciado príncipe peleaba solo contra un pueblo entero, la reina sufría en una sala inmediata iguales ultrajes y estaba espuesta á los caprichos de los amotinados, lo mismo que su marido. Mas temida que el rey, corría mucho mas peligro que él. Cuando las naciones están en agitacion, necesitan personificar sus odios lo mismo que su amor. María Antonieta representaba á la vez á los ojos del pueblo engañado